

Contemporaneidad de Cristo en la carne, condición del encuentro y de nuestra divinización

Gabino Urbarri Bilbao, SJ
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID

RESUMEN Hoy en día es posible el encuentro con Cristo en la carne por la conjunción de estos factores. La encarnación perenniza la historia y la humanidad de Cristo, la dota de eternidad y así trasciende el tiempo. La resurrección universaliza la humanidad de Cristo, que se hace accesible en cualquier momento de la historia. El Espíritu presencializa la humanidad y la historia de Cristo. De ahí surgen diversos lugares y formas de encuentro hoy con la carne de Cristo. En este encuentro se produce la filiación y la divinización del creyente.

PALABRAS CLAVE Encarnación, resurrección, don del Espíritu, divinización.

SUMMARY *The Encounter with Christ in the flesh today is possible for the combination of these factors: The Incarnation makes history and Christ's humanity perennial, endowing it with eternity and so transcending time; the Resurrection renders Christ's humanity universal, accessible in any moment of history; the Spirit makes present the humanity and history of Christ. This explains why the Encounter with the Flesh of Christ emerges today in a variety of different places and diverse forms. Through this Encounter, Sonship and Divinization become a reality in the believer*

KEYWORDS *Incarnation, Resurrection, Gift of the Spirit, Divinization.*

En esto podéis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios (1 Jn 4,2).

Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos (Mt 28,20).

Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena (Jn 16,12-13).

Seáis partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1,4).

Que en la carne llegó a ser Dios (IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *ep. Eph.*, 7,2).

I. EL TEMA: LA CONTEMPORANEIDAD DE CRISTO

¿Cómo es posible que Jesucristo, muerto en Palestina en el primer tercio del siglo I de nuestra era, (a) siga siendo hoy en día contemporáneo a nosotros en su carne, (b) que nos podamos encontrar hoy verdaderamente con Él y, además, (c) que este encuentro sea para nosotros beneficioso, resultando de dicho encuentro nada menos que nuestra divinización? Los textos, en su mayoría bíblicos, con los que se encabeza este artículo, a modo de exergo coral, vienen a expresar dicha posibilidad. Su combinación adecuada sugiere, ya de por sí, la misma fundamentación de la respuesta positiva a todos los interrogantes formulados. Sin embargo, nos tomaremos la molestia de un intento de explanación más articulada, haciendo entrar en juego diversos componentes clave de la cristología y de la fe cristiana.

Voy a repasar y visitar, primero, algunos aspectos del significado de la encarnación, en cuanto a lo que implica para la contemporaneidad de Cristo en la carne. En segundo lugar, diré una palabra sobre la resurrección de Cristo, mirando siempre hacia la contemporaneidad en la carne. A continuación, exploraremos brevemente el significado de la acción del Espíritu y el don del Espíritu. Para, cuarto, con todos estos instrumentos, ver algunas formas y lugares de encuentro con Cristo hoy. Por último, quinto, en este encuentro Cristo nos transmite su vida a nosotros: la divinización. Son pues, muchas cuestiones y de mucha envergadura, por lo que procuraré limitarme a un apunte de su sustancia, sin un desarrollo amplio de cada uno de estos temas. La fuerza de esta presentación radicará, pues, no tanto en la profundidad exhaustiva con que se explore cada punto, sino en la trabazón interna que se logre mostrar entre todos ellos. Dicho entramado será, propiamente, lo que justifique o no una respuesta positiva a todo el acervo de magnos interrogantes mencionados.

II. LA ENCARNACIÓN: SACRAMENTALIZACIÓN

1. GÉNESIS DEL PENSAMIENTO DE LA ENCARNACIÓN

Parto de la base de que la génesis de la cristología es un dato adquirido hoy en día por la teología. Además, ostenta un gran potencial apologético (para dar razón de nuestra fe a otros); y proporciona una gran ayuda para hacernos maduramente con nuestra fe (para comprender nosotros mejor nuestra fe). Por ello, voy a comenzar por esbozar las grandes líneas de cómo se pudo llegar a articular esta fe. Evidentemente se trata de una construcción estilizada, pero que pretende reflejar bien lo que pudieron ser tanto los jalones como las palancas que indujeron a formular esta creencia.

La encarnación no fue, muy seguramente, el primer pensamiento de la fe cristológica de la Iglesia. Si jugamos con la imaginación, podemos conjeturar que cuando Jesús llamó a los primeros discípulos, Andrés y Simón, Santiago y Juan (cf. Mc 1,16-20 y par.), ellos no se dijeron el uno al otro o pensaron que iban detrás del Logos hecho carne. De hecho, la formulación más nítida de la encarnación, aunque no la única (cf. Rm 8,3; Hb 2,14), se encuentra en el evangelio de Juan (Jn 1,14) y en el corpus joánico (1 Jn 4,2), que no son los primeros documentos que se redactaron. Hemos de atender a diversos elementos fundamentales, que nos permiten entender tanto las razones de la génesis del pensamiento de la encarnación, como su sentido y consistencia.

a. La carga teológica del ministerio de Jesús

En primer lugar, ya en su ministerio público, con Jesús se hacía presente algo muy especial de parte de Dios para su pueblo. He aquí un elenco apretado de aspectos, cada uno de ellos de alto calibre¹. Jesús pretendía que con Él la irrupción del reino de Dios, la intervención salvífica de Dios prevista para el fin de los tiempos, no quedaba remitida a un futuro lejano, sino que ya estaba comenzando (cf. Mc 1,15; Lc 17,21). Hablaba de sí mismo como

1 Para un desarrollo más amplio y justificado, entre muchas monografías, cf. J. GNILKA, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia* (Barcelona 2^a 1995 [1990]); G. THEISSEN – A. MERZ, *El Jesús histórico. Manual* (Salamanca 1999); R. PENNA, *I ritratti originali di Gesù il Cristo. Inizi e sviluppi della cristologia neotestamentaria. I. Gli inizi* (Cinisello Balsamo [Milano]³ 2001 [1996]); J. SCHLOSSER, *Jesús, el profeta de Galilea* (Salamanca 2005 [1999]); A. PUIG, *Jesús. Una biografía* (Barcelona 2005 [2004]).

el Hijo del hombre; se mire por donde se mire, desde el libro de Ezequiel y desde Dn 7,13-14, un personaje muy especial enviado por Dios en vistas a la salvación del pueblo. Corregía la Ley santa dada por Moisés (conducta sabática desviada, comidas con pecadores) con su propia autoridad. Expulsaba los demonios, curaba a los enfermos y se arrogaba el poder de perdonar pecados. Enseñaba con una autoridad nueva y desconocida hasta entonces (Mc 1,22.27). Gran parte de su enseñanza no era un comentario de la Ley, sino una explicación de los misterios del reino de Dios en un lenguaje cercano y accesible, en parábolas, sin invocar ninguna otra autoridad más que la suya. Llamaba al seguimiento como la obligación más santa, por encima de preceptos sagrados de la Ley, como enterrar a los muertos (Lc 9,59-60). Se dirigía a Dios en oración, en vocativo, manejando terminología inédita, *Abbá*, procedente del lenguaje infantil (cf. Mc 14,36). Puso en cuestión el sistema sacrificial del Templo, derribando las mesas de los cambistas y expulsando a los mercaderes (Mc 11,15-19 y par.). En la última Cena (cf. 1 Co 11,23-26 y par.), al despedirse de sus discípulos, les dio a entender que su muerte inminente era el último servicio al reino de Dios, con una entrega onerosa (sacrificial), de la que resultaría salvación para los discípulos². Fue crucificado por su pretensión mesiánica, como atestigua la inscripción que Pilato ordenó hacer: “Jesús Nazareno Rey de los Judíos” (cf. Jn 19,19 y par.)

Toda esta constelación no tiene parangón en ningún personaje del judaísmo ni anterior ni posterior a Jesús. De tal manera que ya surge una cuestión de primer nivel: ¿quién es verdaderamente Jesús? ¿Solamente un profeta como los anteriores o alguien que supera esa categoría? ¿Qué tipo de vinculación se le ha de adjudicar con el mismo Dios? ¿Bastaría la concepción de un “hijo de Dios” adoptivo, como se decía del rey, del mesías (Sal 2,7; 2 Sam 7,14), o en Jesús se da algo de una intensidad y una cualidad superior? No me parece exagerado sostener que estas preguntas revoloteaban en la mente de los discípulos durante su convivencia con el Jesús terreno.

2 H. SCHÜRMANN, *El destino de Jesús: su vida y su muerte* (Salamanca 2003 [1994]).

b. La explosión exponencial a partir de la resurrección

Después de su muerte, Jesús resucitado se apareció vivo a sus discípulos³. La resurrección marca un punto de inflexión fundamental. Si la muerte no puede nada sobre Jesús (cf. Rm 6,9); si el resucitado dona la paz (Jn 19,19. 26) y el Espíritu (Jn 19,22); si está vivo, vivifica y transmite su vida y su alegría (cf. Mt 28,8; Lc 24,41; Jn 16,21-22; 20,20), entonces todas las categorías concebidas previamente a una resurrección de entre los muertos para siempre, transmitiendo la nueva vida del ámbito al que ahora pertenece el resucitado, resultan demasiado pobres. Se han de ampliar de modo exponencial.

Desde la resurrección se entiende que Jesús no solamente está vivo y vivifica, sino que: (1) es un Hijo de Dios cualitativamente superior a cualquier otra consideración previa (ej. Rm 1,3-4); que (2) ha sido exaltado sobre todo (Flp 2,9) y, en consecuencia, (3) le compete el nombre sobre todo nombre (Flp 2,9), que es el nombre divino, y ahora es Señor (*Kyrios*; Flp 2,11); y (4) está sentado a la diestra de Dios (Rm 8,34; Hb 1,4), del Padre, con el mismo rango divino que le corresponde a Dios⁴. Ahora a Jesús se le adjudica con justicia el señorío escatológico (definitivo) sobre la historia y el cosmos en cuanto que es verdadero Señor. Ahora bien, no puede poseer en verdad el señorío sobre el conjunto de la historia y del cosmos, si este no se extiende desde el principio, para poder envolver realmente a la historia y al cosmos en su plenitud y de modo irrestricto. Dada la firme convicción del carácter universal de la salvación acontecida en la pascua, en la muerte y resurrección de Jesús, y de la potencia escatológica de la misma se da el paso al pensamiento de la preexistencia⁵. El mediador de la salvación universal y final (escatológica) ha de ser, también, el mediador preexistente de la creación (protología). Encontramos rasgos de esta convicción en fórmulas que se consideran prepaúlina, como 1 Co 8,6: “para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él”. En esta densa fórmula se establece un paralelismo entre Dios, Padre, y Jesús el Cristo, el Señor. A ambos se les adjudica la mediación en la creación, con lo cual se exige el pensamiento de

3 Es una lástima que no esté publicada la tesis doctoral de P. LARGO DOMÍNGUEZ, *Las cristofanías pascuales en el debate teológico contemporáneo* (U.P. Comillas, Madrid 2010).

4 M. HENGEL, “‘Sit at My Right Hand’. The Enthronement of Christ at the Right Hand of God and Psalm 110:1”, en: *Id.*, *Studies in Early Christology* (Edinburg 1995) 119-225.

5 Cf. R. LAUFEN (ed.), *Gottes ewiger Sohn. Die Präexistenz Christi in der Diskussion* (Paderborn 1997).

la preexistencia para Jesucristo. También a ambos se les adjudica un puesto en la realización de nuestro destino salvífico⁶.

En resumen, a partir de la resurrección, tomando en peso todo su contenido, se afirma la divinidad de Jesús, como Señor e Hijo de Dios, y su preexistencia.

c. Las fórmulas de envío y el pensamiento de la encarnación

Si, con el desarrollo que hemos esbozado someramente hasta aquí, ya contamos con la preexistencia, ahora adquieren toda su densidad las fórmulas de envío, presentes en el evangelio de Juan (ej. Jn 3,16; 4,34; 5,24.30; 6,38.39; 7,16.28.33; 8,26.29; 9,4; 12,44.45; 13,20; 15,21; 16,5) y el corpus paulino (ej. Rm 8,3; Ga 4,4-5). Se trata del envío del Hijo preexistente, de la Sabiduría divina, del Logos o Verbo divino mediante el cual se hizo todo (Jn 1,3; Hb 1,2).

Así, en los grandes himnos cristológicos, como Jn 1,1-18; Flp 2,6-11; Col 1,15-20; Ef 1,3-14; Hb 1,1-4; 1 Pe 3,18; 1 Tim 3,16, se recogen todas estas ideas, conjugadas con la consideración de la fuerza salvífica de la pascua. Partiendo del tenor de conjunto de los himnos reseñados, la idea de la preexistencia se aplica y proyecta sobre las narraciones de la infancia, presentes en los evangelios de Mateo y de Lucas. Por lo tanto, la convicción de fe que nos transmite la primitiva comunidad es que Jesús es la Palabra de Dios (Jn 1,1-18), el Hijo de Dios (ej. Mc 1,1.11; 3,11; 5,7; 9, 7; 12,6; 13,32; 14,61-62; 15,39; Jn 20,31), el Señor (ej. Rm 10,9; 1 Co 16,22), el Mesías (ej. Mc 8,29; Jn 1,41; 20,31); que, siendo igual a Dios (Flp 2,6), estando en el seno divino (Jn 1,1.18); se hace hombre (Flp 2,7), se hace carne (Jn 1,14), nace de una mujer (Ga 4,4), por especial intervención del Espíritu Santo sobre María (Lc 1,35; Mt 1,18.20.23); así es nuestro Salvador (Lc 2,11), que nos trae la alegría de la salvación de Dios (cf. Lc 2,10), el perdón de los pecados (ej. 1 Co 15,3; Rm 3,23-26; 4,25; 5,8-21; Col 1,14; Ef 1,7; 1 Tim 1,15; Mc 2,1-12; Mt 1,21; 26,28; Lc 7,36-49; 24,46-47; Hch 5,31; Hb 1,3; 1 Pe 2,24; 3,18; Jn 1,29; 1 Jn 1,7-2,2), la filiación divina (ej. Rm 8,15; Ga 4,5-6; Ef 1,5), la reconciliación con Dios (2 Co 5,18-19).

Todos estos aspectos se seguirán profundizando en la reflexión teológica, hasta aquilatar los términos precisos para pensar a fondo el dogma de

⁶ Véase también Col 1,15-20, con la doble primogenitura: primogénito de la creación (v.15) y primogénito de entre los muertos (v.18). Se podrían aducir y comentar otros textos como: Hb 1,1-4; Jn 1,1-18.

la encarnación en todos sus matices y con todas sus implicaciones. Nosotros de momento detenemos aquí la reflexión. Solamente quiero destacar que la idea de la encarnación aparece ya en los credos más antiguos (cf. DH 10; año ¿215?), en los denominados símbolos de la fe. Ciertamente se recoge en el símbolo del concilio de Nicea (año 325; DH 125), que es el primer concilio ecuménico; y en símbolo denominado niceno-constantinopolitano (año 381; DH 150), que es el credo oficial de la Iglesia y se recita de modo solemne en la liturgia eucarística.

2. NOTAS DE TEOLOGÍA DE LA ENCARNACIÓN

Una vez ganado el pensamiento de la encarnación, la Iglesia ha reconocido que forma parte sustancial de su fe y que es un componente esencial de su fe cristológica. La fe en la encarnación contiene una gama muy rica de contenidos y de consecuencias. Lejos de pretender ahora recorrerlos todos, me limito a subrayar algunos puntos que tocan a nuestra cuestión.

a. La encarnación remite a la humanidad de Jesús de Nazaret

La encarnación nos remite a un *momento* concreto de la historia y de la geografía, al primer tercio de nuestra era en Palestina. Por concretar más, en cuanto al tiempo, la vida de Jesús transcurrió muy posiblemente, según la investigación histórica sobre Jesús⁷, del año 6 a.C. hasta del año 30 d.C. En cuanto a la geografía quedamos remitidos a Nazaret, lugar de residencia habitual; a Cafarnaúm, donde estaría el enclave desde donde realizaba las salidas itinerantes a anunciar la llegada del reino de Dios; a Jerusalén, donde murió; y a todos los territorios circunvecinos que Jesús recorrió y visitó. Así, la encarnación nos habla de un personaje histórico concreto, Jesús de Nazaret, en un lugar concreto, Palestina. Nos remite a su vida, a su mensaje, a su obra.

La encarnación incluye por sí misma todo el *dinamismo* de lo que significa ser humano. Por lo tanto, también el crecimiento (cf. Lc 2,52), la biografía personal construida mediante las decisiones y las opciones, la red

7 Cf. THEISSEN – MERZ, *El Jesús histórico*, 177-187; J. P. MEIER, *Jesús: un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico I* (Estella 2000 [1991]) 379-437.

de relaciones, etc. Por eso, frente a una concepción más esencialista, según la cual la encarnación nos diría que en Jesucristo Dios y hombre se encuentran en unidad, sin separación y sin mezcla, como hizo el concilio de Calcedonia de modo acertado (año 451; DH 301-302), hemos de inscribir sobre esas premisas la idea de un *dinamismo encarnatorio*⁸. Es decir, el despliegue de todo lo que significa crecer como persona humana, seguir una trayectoria hasta el final, tomar decisiones, profundizarlas, sostenerlas, mantener su coherencia, discernir en cada momento lo que es congruente con la voluntad de Dios, etc. Así, si, por una parte, Jesús de Nazaret es desde siempre el Hijo de Dios hecho hombre, esto no repugna, por otra parte, que se diera un crecimiento en el despliegue dinámico de su ser filial. El autor de la carta a los hebreos habla de un perfeccionamiento, de una “teleiosis”⁹: “Y aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo a obedecer. Y, llevado a la consumación (*teleiōtheis*), se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna” (Hb 5,8-9). De esto modo, el Hijo realizó su ser filial mediante el camino de su obediencia, llegando a la perfección total del ser filial. Desde esta perspectiva, la encarnación incluye un dinamismo encarnatorio, en el que la historia concreta de Jesús, su vida histórica, adquiere una gran densidad y significación para entender cómo es Jesús el Hijo y en qué consiste la vida filial.

b. La encarnación determina el modo de comprender a Dios y su revelación

Dado que Jesús de Nazaret es, de modo pleno e irrestricto, el Verbo de Dios encarnado, no hay otro lugar posible de mayor presencia y revelación de Dios en el mundo que en Jesucristo. De ahí que la fe católica defienda que Jesucristo es “a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación”

8 Cf. L. F. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción* (Burgos 2013); G. URÍBARRI, *La mística de Jesús* (Santander 2017) 91-122; *Id.*, “El dinamismo encarnatorio según las homilias catequéticas de Teodoro de Mopsuestia”: *EE* 81 (2006) 37-94; J. J. AYÁN CALVO, “Jesucristo, Hijo del hombre e Hijo de Dios según Ignacio de Antioquía”, en: J. J. AYÁN CALVO – P. DE NAVASCUES BENLLOCH – M. AROZTEGUI ESNOLA (eds.), *Filiación. Cultura pagana, religión de Israel, orígenes del cristianismo. Actas de las I y II Jornadas de estudio “La filiación” en los inicios de la reflexión cristiana* (Madrid 2005) 303-335, aquí 325-335.

9 Cf. A. VANHOYE, “La ‘teleiosis’ du Christ: Point capital de la christologie sacerdotale d’Hebreux”: *NTS* 42 (1996) 321-338. Repite esta idea en otras publicaciones suyas sobre la carta a los hebreos, como por ejemplo su comentario a la misma (ahora traducido por la BAC, Madrid 2014).

(DV 2)¹⁰. Esta comprensión se ha aquilatado y mantenido en la historia de la teología¹¹. Me limito a unos apuntes sumarios.

Esta concepción viene sugerida por el evangelio de Juan, que articula estas afirmaciones:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Jn 1,1).

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14).

A Dios nadie lo ha visto jamás, Dios unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (Jn 1,18).

Si empezamos por el final, resulta que Dios en cuanto tal, por su propia naturaleza absolutamente trascendente, es invisible, inescrutable, inefable, incognoscible, como afirman muchas religiones y como subraya gran parte de la filosofía. Por eso, solamente se le puede conocer si Él se manifiesta de algún modo. De ahí, la importancia extrema de la encarnación: pues Dios decidió darse a conocer habitando en medio de nosotros. Al hacerlo así libremente, es el mismo Dios quien se da a conocer. Toda la vida terrena de Jesucristo consiste en esta revelación de Dios, del Padre, del rostro del Padre. Como ya dijera Clemente Alejandrino: “El rostro del Dios es el Logos, por medio del cual Dios se hace visible y es conocido”¹². Por lo tanto, el conocimiento verdadero y pleno de Dios no se alcanza en otro sitio ni por otro camino que no sea la carne de Cristo. De aquí podemos extraer dos consecuencias pastorales importantes.

La primera, el encuentro verdadero y auténtico con Dios siempre acontece mediado por la carne de Cristo, ya sea de modo reflejo o no. Ahora bien, la tarea pastoral principal de la Iglesia consiste en ayudar a las personas a

10 Más detalles en G. URIBARRI, “Jesucristo, mediador y plenitud de toda la revelación”, en: A. DEL AGUA PÉREZ (ed.), *Revelación, Tradición y Escritura. A los cincuenta años de la “Dei Verbum”* (Madrid 2017) 80-118.

11 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Dominus Iesus* (6 de agosto de 2000); *Placuit Deo* (1 de marzo de 2018).

12 *Pedagogo*, 1,57,2 (FuP 5, 192).

que se dé ese encuentro con Dios en Jesucristo, en la carne de Cristo. Intentar otra cosa sería rebajar nuestra propia fe y ofrecer calderilla en lugar del tesoro máspreciado.

La segunda, la encarnación no es un mero hecho puntual en la historia de la salvación, sino que, siendo su cumbre, desvela la lógica que la conduce, la trama interna de esta historia, la ley que la preside y conduce. Así pues, el verdadero encuentro con Dios posee una dinámica encarnacional, tanto de parte de Dios en su revelación como de parte de las personas humanas en el encuentro con Dios. Dios se da a conocer en esta historia nuestra, en la “carne de la historia”, y remite a la carne de la historia como lugar de encuentro con Él y de respuesta tras el encuentro. Toda forma de huida de la carne, de la carne de historia, en general, y de la carne Cristo, en particular, implica contentarse con un sucedáneo de la revelación divina, pero no con el verdadero encuentro con Dios en su plenitud y en su verdad. Esta ley de la encarnación se puede traducir en la cualidad sacramental de aquello que queda afectado, con mayor o menor intensidad, por la encarnación.

c. La encarnación produce una gama de realidades con densidad sacramental diversa

Aunque la encarnación nos remite a un fragmento de la historia humana y a un personaje histórico concreto dentro de ella, la encarnación también nos dice que *Dios* se ha hecho carne en ese personaje, en esa historia. Por lo tanto, la encarnación nos habla, simultáneamente, de la densidad insuperable de la presencia de Dios en ese hombre, Jesús de Nazaret, hasta el punto de defender sin tapujos y de modo irrestricto su divinidad. Lo cual significa que lo *eterno*, Dios, entra en lo temporal, la *historia*. Entonces, este fragmento de la historia adquiere una consistencia eterna¹³: tanto una significación que sobrepasa el momento puntual en el que sucedió, como una capacidad de afectar a todo momento de la historia, porque al eternizarse sobrepasa su delimitación histórica particular.

13 Cf. K. RAHNER, “Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios”, en: *Id., Escritos de Teología III* (Madrid 31968) 47-59; J. ALFARO, “Cristo glorioso, revelador del Padre”, en: *Id., Cristología y antropología* (Madrid 1973) 141-182; G. URIBARRI, *La singular humanidad de Jesucristo* (Madrid 2008) 394-411.

Siguiendo la tradición teológica, defendemos que una vez que se ha dado la unión hipostática, la unión de la naturaleza humana con la persona (hipóstasis) divina del Verbo, dicha unión ya no tiene marcha atrás. Un axioma clásico de la cristología lo formula con claridad¹⁴: *Quod semel ad sumpsit* (Verbum), *numquam dimisit* (“lo que fue asumido una vez nunca fue abandonado”). Es decir, la encarnación perenniza y dota de significación eterna, salvífica, esa historia y vida concreta de Jesús de Nazaret, el Hijo eterno de Dios encarnado por nosotros y por nuestra salvación, como dice el credo (DH 150). Así, los “misterios” concretos de la vida de Jesús ostentan un carácter de perennidad.

Una situación en la vida de Jesús no ha de entenderse como una magnitud finita y cerrada, que, como una situación histórica natural, se delimitaría con otras simultáneas, anteriores o posteriores.

La dimensión de esa situación perdura, porque se manifiesta la eterna vida divina entrando en el mundo, y abriéndose hacia arriba. Su carga de sentido, su plenitud de relaciones es ya infinita en su propia historicidad, aun prescindiendo por completo de las formas de su universalización [...] con respecto a la Iglesia y los individuos¹⁵.

Por la fe se da la posibilidad de que, entrando en relación con Jesucristo, verdadero Dios, se conecte simultáneamente con esta historia suya en la carne, de la que no se le puede separar¹⁶. Por lo tanto, ya se abre una primera posibilidad de contemporaneidad y de encuentro con Cristo en la carne.

Para la teología cristiana la encarnación no afecta solamente a la persona histórica de Jesús de Nazaret, aunque en Él se dé de pleno, sino que revela cómo la ley de la encarnación acompaña en una gama de modalidades toda la historia de la salvación y el modo de relacionarse Dios con las personas humanas. Por eso, esta ley de la encarnación impregna, primero, la vida histórica de Jesús, en todos sus misterios. El misterio de Cristo, la revelación del Padre por la fuerza del Espíritu, se hace presente en el conjunto de su vida, muerte y resurrección, pero también en todos los acontecimientos y enseñanzas que conforman su caminar terreno. Así, a partir de los Padres de la

14 Cf. A. ORBE, *En torno a la encarnación* (Santiago de Compostela 1985) 205-219.

15 H. U. VON BALTHASAR, *Teología de la historia* (Madrid 1992) 68.

16 Cf. J. GRANADOS GARCÍA, *Teología de los misterios de la vida de Jesús* (Salamanca 2009).

Iglesia, Orígenes en particular, y a lo largo de la Edad Media (san Bernardo, san Buenaventura, santo Tomás), se realiza una reflexión teológica sobre el significado teológico de estos misterios, como despliegue dinámico y denso de la encarnación, a la vez que se articula un método de contemplación de los mismos, “como si presente me hallase”¹⁷. Así, se da el encuentro creyente con Cristo, contemporáneo en la carne por la encarnación con el orante. En esta contemplación sucede por ósmosis la transformación del orante, la conformación con Cristo, la cristificación, la divinización.

Además, la reflexión teológica nos impulsa a considerar cómo afecta la ley de la encarnación a la Iglesia, a los sacramentos, a la Escritura, al prójimo, a la historia y a la creación. No podemos detenernos en cada aspecto, de gran importancia cada uno de ellos. Baste con enunciar que la Iglesia se considera el cuerpo de Cristo (LG 7). Según el Concilio Vaticano II, la Iglesia es como un sacramento (LG 1, 9, 48, 59; SC 5, 26; AG 1, 5; GS 42, 45). La teología distingue entre Jesucristo, sacramento primordial o protosacramento (*Ur-Sakrament*), pues en él Dios y el hombre se encuentran en la máxima unidad, en la unión hipostática; de la Iglesia, que es sacramento fundamental (*Grund-Sakrament*), pues es la criatura engendrada por el Verbo, que guarda una semejanza estructural con Él (LG 8), para continuar su obra y su presencia. Evidentemente, en los sacramentos también se continúa la ley de la encarnación. Según León Magno: “lo que era visible en nuestro Salvador, se ha incorporado en los sacramentos” de la Iglesia¹⁸. La misma Escritura goza también de sacramentalidad: al leerla y meditarla Cristo mismo nos sale al encuentro. Cristo también se hace presente en el prójimo, especialmente en el necesitado (cf. Mt 25,31-46). Al haber abrazado la historia con su divinidad, ni la historia ni la creación, resultante de la obra creadora del Padre, mediante el Verbo y el Espíritu, se pueden considerar como lo antagónico de Dios. Poseen una potencia sacramental, una capacidad de ser lugar de encuentro, manifestación y revelación de Dios, porque desde el inicio llevan sus huellas, las semillas del Logos se han esparcido sobre la historia y están alentando la creación.

17 Cf. J. ALFARO, “Teología de los misterios de la vida de Cristo”, en: *Ejercicios – Constituciones, unidad vital* (Bilbao 1975) 176-20; G. URÍBARRI, “Comenzaremos, juntamente contemplando su vida, a investigar y demandar en qué vida o estado...’ [Ej 135]. Los misterios de la vida de Cristo como epifanía de la voluntad de Dios para el ejercitante”, en: *Id.* (ed.), “*Buscar y hallar la voluntad divina*” [Ej 1]. *Dogmática ignaciana* (Bilbao – Santander – Madrid 2018) cap. 5 (en prensa).

18 LEÓN MAGNO, *Sermones* 74,2 (PL 54,398). Véase también TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 60, prol.

3. CONCLUSIÓN: LA ENCARNACIÓN, PRIMER ESLABÓN PARA LA CONTEMPORANEIDAD

A la hora de fundamentar la contemporaneidad de Cristo en la carne, la encarnación, en toda su densidad, constituye el primer eslabón. Si por una parte nos remite a un momento puntual de la historia, también lo eterniza. Así, se da la posibilidad de una contemporaneidad de este Cristo terreno e histórico con cualquiera en cualquier momento de la historia de la salvación.

III. LA RESURRECCIÓN: UNIVERSALIZACIÓN

Con la resurrección todo lo dicho hasta ahora se rubrica, redondea y afianza. Se da una sinergia entre la encarnación y la resurrección, de cara a entender la contemporaneidad de Cristo en la carne, la posibilidad de encontrarnos con Él hoy y que de este encuentro resulte la divinización. Evidentemente tampoco podemos presentar todos los pormenores de una teología completa de la resurrección. Apunto algunos aspectos.

1. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Para entender bien la resurrección hemos de partir, en primer lugar, de que se trata de un acontecimiento *real*. Algo inaudito ha acontecido en Jesús de Nazaret, que murió crucificado y fue sepultado. Ahora vive y vivifica. Ha resucitado de entre los muertos (cf. 1 Co 15,3-5). Estuvo muerto y ahora vive, ha resucitado (cf. 1 Tes 4,14). La resurrección nos dice que algo inusitado ha acontecido en Cristo muerto y resucitado. Evidentemente nosotros llegamos a conocerlo por el testimonio de los discípulos, a quienes el resucitado se les aparece, se manifiesta, se deja ver y se hace ver y reconocer por ellos. Les transmite la alegría de su victoria sobre la muerte, sobre el pecado, y les encomienda la misión de anunciarlo a todas las gentes y bautizar (Mt 28,19-20; Mc 16,15-16).

Además, a la resurrección le acompaña la *exaltación* (Flp 2,9) y *entronización* de Jesús como Señor (Kyrios) de todo el cosmos (cf. Flp 2,9-11):

El paralelismo entre la confesión “*Kyrios* es Jesús” y la proposición de fe “Dios le *resucitó* de entre los muertos” (Rm 10,9) señala la estrecha relación existente entre la resurrección y la proclamación de Jesús como *Kyrios* (cf. Rm 1,4; Flp 2,9)¹⁹.

Esto quiere decir, que la resurrección de Jesús, acontecimiento real obrado por el Padre (verbos predominantemente en pasiva), en la fuerza del Espíritu (Rm 8,11; 1,4), implica ahora el reconocimiento del señorío de Jesús, como el Señor de la historia y del cosmos. La pascua nos habla de la universalidad de la potencia salvífica del acontecimiento Cristo Jesús, que engloba toda la historia. Cristo Jesús está sentado a la derecha de Dios Padre (cf. Sal 109 [110],1). Es decir, posee un señorío escatológico. Dada la mediación en la creación, ya mencionada, puede llevar toda la historia a su destino final: la recapitulación de todo en Cristo (Ef 1,10; 1 Co 15,24-28).

2. ALCANCE DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO: LA UNIVERSALIDAD ESCATOLÓGICA DEL KYRIOS

Desde esta nueva realidad, el Señor resucitado adquiere una capacidad de intercesión (Rm 8,34) y presencia universal, que abarca toda la historia, en todos sus momentos. Pues con su resurrección se inaugura el *tiempo escatológico*, la dimensión escatológica. El resucitado, estando fuera de la historia, –el cuerpo terreno de Cristo ha resucitado y no se puede tocar físicamente–, es capaz de incidir sobre ella. Por esta dimensión, el mismo Cristo resucitado, que es el crucificado, en identidad también corporal con el crucificado (cf. 1 Co 15; Jn 20,24-29), si bien con un cuerpo glorioso (Flp 3,21) y pneumático (1 Co 15,44), es capaz de entrar en relación con cualquiera en cualquier momento de la historia²⁰. J. Ratzinger - Benedicto XVI lo ilustra muy bien:

19 J. KREMER, “ἐγείρω”, en: H. BALZ – G. SCHNEIDER (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento* (Salamanca 1996) I, col. 1140. Sobre la exaltación, cf. W. KASPER, *Jesús, el Cristo* (Salamanca 1984) 177-189.

20 Cf. G. URÍBARRI, “Habitar en el ‘tiempo escatológico’”, en: *Id.* (ed.), *Fundamentos de Teología Sistemática* (Bilbao – Madrid 2003) 253-281.

[La resurrección] es un acontecimiento dentro de la historia que, sin embargo, supera el ámbito de la historia y va más allá de ella [...].

Por una parte, hay que decir que la esencia de la resurrección consiste precisamente en que ella supera la historia e inaugura una dimensión que llamamos comúnmente la dimensión escatológica. La resurrección da entrada al espacio que abre la historia más allá de sí misma y crea lo definitivo. En este sentido es verdad que la resurrección no es un acontecimiento histórico del mismo tipo que el nacimiento y la crucifixión de Jesús. Es algo nuevo, un género nuevo de acontecimiento. Pero es necesario advertir al mismo tiempo que no está simplemente fuera o por encima de la historia. En cuanto erupción que supera la historia, la resurrección tiene sin embargo su inicio en la historia misma y hasta cierto punto le pertenece. Se podría expresar tal vez todo esto así: la resurrección de Jesús va más allá de la historia, pero ha dejado su huella en la historia. Por eso puede ser refrendada por testigos como un acontecimiento de una cualidad del todo nueva²¹.

Así, la resurrección supone una universalización de todo lo que ya estaba de suyo presente gracias a la fuerza sacramentalizadora y sacramentalizante de la encarnación. Todo lo dicho en el epígrafe anterior adquiere mayor consistencia, se reafirma y rubrica. La resurrección implica que la densidad encarnatoria, que ya albergaba de por sí una valencia propia de eternidad, se extiende a toda la historia en toda su amplitud. Luego esa contemporaneidad de Cristo, del Cristo encarnado, muerto y resucitado, del Cristo que sigue existiendo resucitado, con su humanidad corporal resucitada, ahora abraza la historia entera. El encuentro con Él es posible en el orden de la fe y de la gracia como oferta salvífica irreversible, transformante y divinizadora.

IV. EL ESPÍRITU: ACTUALIZACIÓN E INHABITACIÓN

La economía divina de la salvación está regida por la Trinidad. Cada una de las personas divinas realiza una acción concertada en orden a la sal-

21 J. RATZINGER, *Obras completas*. VI/1 *Jesús de Nazaret. Escritos de cristología* (Madrid 2015) 593-594. Trad. retocada.

vación. Todo transcurre en armonía, concordancia y colaboración entre las tres personas. Por eso, el designio original del Padre se realiza mediante el Verbo-Hijo y el Espíritu.

1. EL ESPÍRITU: ACTOR EN LA ECONOMÍA DIVINA

Este despliegue sinfónico de actuación económico salvífica trinitaria comienza con la creación²². En ella se pone en marcha el designio del Padre, gracias al Hijo, la Palabra creadora, y al Espíritu creador (cf. Gn 1,2; Sal 32,6; 103,30). Por eso, ya se da una inhabitación y una presencia interior, impulsora, dinamizante desde dentro de la creación hacia su finalidad en Dios (cf. Rm 8,19-23). El Espíritu se caracteriza por ser esa fuerza interior que hace que la creación sobrepase hacia su consumación escatológica.

El Espíritu ocupa un puesto primordial en el acontecimiento Cristo Jesús en todo su conjunto²³, comenzando por la obra misma de la encarnación. María engendra gracias al Espíritu Santo (cf. Lc 1,35; Mt 1,18.20.23). El Espíritu unge a Jesús en el Jordán, durante su bautismo (cf. Mc 1,10 y par.). El Espíritu acompaña a Jesús durante toda su vida pública y su ministerio, que transcurre en el Espíritu, impulsado y conducido por el Espíritu. Así, la humanidad del Verbo encarnado, ungida por el Espíritu, realiza en perfección el ser filial; cumple en todo momento la voluntad del Padre, supera todas las tentaciones y se entrega libremente a la muerte, en el acto último y supremo de obediencia filial, hasta que entrega el Espíritu (Jn 19,30).

El resucitado dona el Espíritu a los discípulos (ej. Jn 20,22; Hch 2,1-13), como había prometido (ej. Lc 24,49; Hch 1,4; Jn 14,26; 16,12-13). Junto con la paz, se trata del don mayor del resucitado. Lo que alentaba a Jesús en su humanidad, ahora ha pasado a los discípulos, a nosotros. El Espíritu lo recuerda, lo actualiza, opera su asimilación en los creyentes. En el bautismo recibimos este Espíritu, que nos permite vivir en connaturalidad interna con el misterio de Cristo. Así, los cristianos somos simultáneamente “en Cristo”, “en el Señor”, “en el Espíritu”. Gracias al magno don del Espíritu, la vida de Cristo, la vida

²² Cf. A. CORDOVILLA, *Dios creador* (Barcelona 2017).

²³ Véase la nota 8.

filial, continúa en nosotros y nos configura. El Espíritu es quien nos introduce en el misterio de Cristo: lo actualiza, lo transmite, lo comunica, lo presencializa.

2. EL ESPÍRITU: PRESENCIALIZADOR DEL MISTERIO DE CRISTO

En todos los sacramentos se da una presencia determinante del Espíritu (*epiclesis*), que engarza perfectamente con la presencia de Cristo (*anamnesis*). Así, gracias a que la Iglesia es Templo del Espíritu (LG 7), también es sacramento de Cristo, mediadora del conocimiento de su Esposo y sacramento de su presencia y amor. La lectura creyente de la Escritura, para que sea jugosa y suponga un encuentro verdadero con Cristo, que se nos contemporaniza en ella, ha de ser en el Espíritu (cf. DV 12). Sin el Espíritu la Escritura se queda letra muerta (cf. 2 Co 3,6), en la cáscara exterior.

En definitiva, el Espíritu es quien nos hace partícipes del tiempo escatológico en el que ahora está el resucitado, actualizando y presencializando su gracia y su salvación. Mediante la inhabitación del Espíritu en nosotros, nada de lo Cristo, de su vida, de su mensaje, de su obra, de su salvación, de su gracia, nos resulta ya ajeno. Sino que se va operando su interiorización y actuación en nosotros hasta la consumación definitiva. El Espíritu es quien nos faculta para la vida filial, como lo más auténtico nuestro. Es quien nos conforma con Cristo, moldeando nuestra humanidad como hizo con la suya. Por eso, el Espíritu nos hace contemporáneos de Cristo. Dado que Cristo, el resucitado, no existe sino con su humanidad, con su carne; y que su historia carnal contiene un peso y una valencia de eternidad, el Espíritu nos hace contemporáneos de Cristo en la carne, nos hace contemporáneos del encarnado, muerto y vivificado por el Espíritu.

3. LA CONTEMPORANEIDAD DE CRISTO EN LA CARNE, FRUTO DE LA ENCARNACIÓN, LA RESURRECCIÓN Y EL DON DEL ESPÍRITU

Así, se da una armonía sinfónica, mediante la cual podemos conjugar sin contradicción tres registros fundamentales: (a) la encarnación, que sacramentaliza y perenniza la carne de Cristo; (b) la resurrección, que universaliza su alcance introduciendo en el tiempo escatológico; y (c) el Espíritu que

actualiza y presencionaliza, mediante la doble habitación en Cristo y en nosotros. La conjunción coordinada de estos parámetros fundamenta y justifica sobradamente la afirmación de una contemporaneidad de Cristo con nosotros en su carne. Además, sobre estos ejes se justifica la posibilidad de encuentro con Él; un encuentro en que, al transmitirnos su propia vida, nos diviniza.

V. FORMAS Y LUGARES DE ENCUENTRO CON CRISTO

Las formas, lugares y posibilidades de encuentro con Cristo, con el crucificado resucitado, son variadas. Aquí simplemente enumero un elenco de las más habituales y teológicamente más importantes. No todas son de la misma densidad desde el punto de vista teológico. En el recorrido personal de la fe se pueden dar alternancias en preponderancia de unas u otras. Las tres primeras, la Iglesia, los sacramentos y la Sagrada Escritura, son fundamentales en toda vida cristiana madura.

1. *La Iglesia*²⁴. La Iglesia, como esposa del Verbo, es la mediadora por antonomasia de la presencia de Cristo en el mundo. Ella se debe a Jesucristo, que la fundó con el conjunto de su vida, la llenó de su Espíritu, la enriqueció con los sacramentos. La Iglesia forma parte del cuerpo total de Cristo, siendo el Señor la cabeza y el resto los miembros de este cuerpo (Rm 12,4-8; 1 Co 12,12-30; Ef 4,1-16). Cristo sigue presente y actuante en la Iglesia, especialmente en los momentos en que la Iglesia realiza de modo más auténtico su propio ser: en su liturgia, en la proclamación de su fe, en la acción caritativa. Por ello, la Iglesia como sacramento derivado de Cristo, hace presente a Cristo en el mundo, lo media, lo comunica, lo transmite. Un verdadero encuentro con Cristo siempre conduce hacia la Iglesia y se nutre de elementos eclesiales: la Escritura, los sacramentos, la fe eclesial, los santos, la tradición, etc.
2. *Los sacramentos*. Cristo dotó a la Iglesia de un rico organismo sacramental, que hunde sus raíces en el mismo Jesús terreno. Desde

24 Cf. BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010) 51, con una rica gama de aspectos.

siempre la Iglesia ha celebrado los sacramentos, en especial el bautismo y la eucaristía, con la conciencia viva y agradecida de que en los sacramentos Cristo mismo se hace presente. Como ya defendiera san Agustín, es Cristo quien bautiza²⁵, Cristo quien preside la eucaristía, se hace presente en ella, nos dona su cuerpo y su sangre, su misma vida, y nos transforma en cuerpo suyo²⁶. La teología actual acentúa también la actuación del Espíritu en los sacramentos. Por todo esto, en los sacramentos, en continuidad con la humanidad de Cristo y su pasión²⁷, es Cristo quien se hace presente, son los santos misterios de su vida en la carne los que se actualizan y celebramos: Por eso, dado que los sacramentos celebran y hacen presentes para la Iglesia los *mysteria vitae Christi*, actualizan el acto de la redención y comunican la gracia santificadora, son actos del propio Cristo que la Iglesia por su propia autoridad no pudo instituir²⁸.

3. *La Escritura*. La Sagrada Escritura constituye la mesa de la Palabra²⁹ (cf. DV 21 y 26). En la verdadera lectura de la Escritura se da un encuentro con Cristo (DV 25). Ya dijo san Jerónimo, citado en DV 25: “Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo”³⁰. Y san Ambrosio, también recogido por DV 25: “a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas”³¹. Se da una sacramentalidad de la Palabra, de la Sagrada Escritura³². En ella Cristo vivo nos sale al encuentro. De modo singular en la contemplación de los misterios de su vida, del registro carnal de su presencia entre nosotros, perennizado por la

25 Ej. AGUSTÍN, *In Joannis Evangelium* 6,8 (139, 194-195). Más citas y detalles en: R. ARNAU, *Tratado general de sacramentos* (Madrid 2003 [1994]) 75-79.

26 Cf. AGUSTÍN, *Sermo* 272 (PL 38, 1247).

27 Cf. TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 60, a.3 y a.6; q. 62, a.5.

28 C. MARTÍNEZ OLIVERAS, “Los sacramentos de la Iglesia”, en: A. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe. Manual de Teología Dogmática* (Madrid 2013) 497-630, aquí 524.

29 Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 54-55, especialmente la extensa nota 191, del párrafo 54, con abundantes citas del Concilio Vaticano II y, entre otras, de JERÓNIMO: “alimentarse de su carne y beber su sangre, no sólo en la Eucaristía, sino también en la lectura de la Sagrada Escritura” (*Commentarius in Ecclesiasten*, 3; PL 23, 1092 A).

30 Com. in Is. prol. (PL 24, 17).

31 De officiis ministerium I,20,88 (PL 16, 50).

32 Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 56; K. RAHNER, “Palabra y Eucaristía”, en: *Id.*, *Escritos de Teología* IV (Madrid 1964) 323-365; M. GARCÍA FERNÁNDEZ, “Sacramentalidad de la Palabra. Una parábola de la relación”: EE 91 (2016) 503-539.

encarnación, actualizado por la lectura creyente y en el Espíritu de la Sagrada Escritura. Esta Palabra posee una fuerza performativa: opera activamente sobre el que la escucha y recibe en su corazón, transformándolo³³.

4. *La oración*³⁴. En la oración se da un encuentro con Cristo; especialmente en la oración litúrgica en todas sus modalidades (cf. SC 7); pero también en la oración que se alimenta de la Sagrada Escritura, como en la *lectio divina* o en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo. El resucitado sale en el Espíritu al encuentro de los apóstoles cuando se reúnen en su nombre (Mt 18,20) o cuando oran en recogimiento y silencio (Mt 6,5-6) o cuando gimen siguiendo las insinuaciones del Espíritu (Rm 8,26). La oración cristiana es encuentro y diálogo con el Señor, acogida de su amor, apertura a su voluntad, siguiendo la orientación principal del padrenuestro (cf. Mt 6,9-13).
5. *Los santos*. Jesucristo también nos sale al encuentro en los santos, que son sus testigos privilegiados, los que han conformado su vida con el misterio de Cristo y, así, se han convertido, de alguna manera, en “sacramentos persona”, en portadores de Cristo, en auténticos *Cristóforos*.
6. *Los pobres*. Cristo se identificó con los pobres, sufrientes y necesitados. Por eso, también en ellos nos sale al encuentro en ellos (cf. Mt 25,31-46; Mc 9,37). El papa Francisco insiste en que en ellos tocamos las llagas mismas de Cristo³⁵. Para la madre Teresa de Calcuta, acariciar a los moribundos era acariciar al mismo Cristo, presente en ellos. Muchos santos, en particular los que han destacado por la caridad, han vivido hasta el fondo esta verdad cristiana.
7. *La historia*. Los acontecimientos de la vida, leídos desde la fe, también son lugar de encuentro con Cristo. Porque Él ha abrazado toda la historia y la conduce, nos puede salir al encuentro dentro de ella: con una sorpresa, una llamada, una alegría, una bendición, un

33 Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 53, 56.

34 Cf. M. SCHLOSSER, *Erhebung des Herzens. Theologie des Gebetes* (Sankt Ottilien 2015).

35 Cf. homilía en Santa Marta del 3 de julio de 2013 (https://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20130703_tocar-llagas.html Consulta: 6 de marzo de 2018).

revés que nos haga entrar en nosotros mismos (cf. Lc 15,17). Jesús nos dio ejemplo de este modo de encuentro con Dios (Lc 10,21).

8. *La creación.* La creación es el libro de la naturaleza (san Buenaventura), moldeado por el Logos e impregnado por sus semillas, en donde la gloria de Dios ha dejado su huella (cf. Rm 1,18-21; Sab 13,1-9). Si bien aquí no podemos hablar de un encuentro con Cristo en la carne, sí que los cielos y la tierra proclaman la gloria de Dios (ej. Sal 19 [18]).

VI. LA DIVINIZACIÓN

1. LA DIVINIZACIÓN PERTENECE AL DESIGNIO DIVINO

El designio original de Dios al crear a Adán, al crearnos a nosotros los humanos, fue que nos conformáramos con su Hijo³⁶. Así, la teología actual ha recuperado la concepción de la teología asiática (de Asia Menor) de los siglos II y III, según la cual el haber sido creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27) se ha de entender como una creación a imagen del Hijo, que es imagen de Dios invisible (Col 1,15; 2 Co 4,4). Esta perspectiva marca la cristología antropológica de GS 22, que cita un texto ejemplar de Tertuliano: “En cualquier forma que se le daba al barro, se pensaba en Cristo que tenía que ser hombre”³⁷. Así, nuestra divinización pertenece al plan divino primigenio, dado que el primer Adán se ha de entender desde el segundo (Rm 5,14; 1 Co 15,45-49).

La realización de la divinización sucede en una economía dramática, que incluye el pecado, la encarnación, la muerte en cruz, la resurrección y el don del Espíritu. Los Padres griegos leerán esta peripecia desde una doble clave. Por una parte, el intercambio admirable: Dios se hizo hombre para que

36 Para una exposición más completa, cf. B. SESBOUÉ, *Jesucristo, el único mediador* I (Salamanca 1990) 215-241.

37 *Res.* 6 (PL 2, 282; CSEL 47, 33). Otros textos de tenor semejante: IRENEO DE LYÓN, *Dem.* 22, 32; *Adv. Haer.* III, 21, 10; 22, 3; V, 16, 2; TERTULIANO, *Adv. Prax.* 12, 3-4. Más detalles y la traducción del texto de Tertuliano antes citado en L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos* (Madrid 2007) 50-54.

nosotros nos hagamos dioses³⁸. Pero también, por otra parte, como cumplimiento claro de la Escritura:

Pues por su poder divino [Dios] nos ha concedido todo lo que conduce a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos ha llamado con su propia gloria y potencia, con las cuales nos ha concedido las preciosas y sublimes promesas, para que, por medio de ellas, seáis partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que reina en el mundo por la ambición (2 Pe1,3-4).

La participación en la naturaleza divina se ha entendido como divinización (*theosis*).

2. LA DIVINIZACIÓN COMO FRUTO DEL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA CARNE

Este designio original de Dios, como oferta de comunión con su vida mediante Cristo en el Espíritu, se realiza de diversos modos, todos ellos abiertos al cristiano. De manera amplia, para entender lo más básico, la divinización, pareja con la filiación, acontece mediante el don del Espíritu, la inserción sacramental en Cristo, mediante la cual Él inhabita en nosotros (Ga 2,20). Al poseer su mismo Espíritu, participamos de su relación con Dios, de su oración (Rm 8,15; Ga 4,6).

Abriendo un registro simple, en el encuentro con Cristo, nunca separable por la perennización de la unión hipostática de su realidad en la carne, absolutamente fundamental para la fe cristiana, podemos destacar estos ámbitos de divinización.

1. *Los sacramentos*. En los sacramentos, como he indicado sumariamente, sigue actuando la humanidad de Cristo, la humanidad del Verbo. Por eso, en ellos se da un encuentro en el que Cristo nos hace

38 Cf. IRENEO DE LYÓN, *Adv. haer.* III,191; V, *praef.*; CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Protrep.* I,8,4; ORIGENES, *C. Cels.* III,28; ATANASIO, *De incarn.* 54,3; GREGORIO DE NISA, *Contra Apollin.* XI; XIV; JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. in Joh.* XI,1; AGUSTÍN, *De Trin.* XIV,2,4; *Sermo* 166,4. Ya se insinúa esta línea de pensamiento en 2 Co 8,9. Cf. B. SESBOÛÉ; J. WOLINSKI, *Historia de los dogmas. I. El Dios de la salvación* (Salamanca 1995) 270-276.

partícipes de su gracia, de su salvación, de su vida, de su fuerza, de su Espíritu. Así, los sacramentos son lugares por antonomasia de divinización. En particular el bautismo, en el que nos configuramos con la pascua de Cristo (Rm 6,3-5; Col 2,12); y la eucaristía, en la que entramos en comunión con el cuerpo de Cristo (1 Co 10,16-17). De esta forma, en los sacramentos, en los que Cristo se hace contemporáneo a nosotros, se da un encuentro divinizador.

2. *En la contemplación de los misterios.* En la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, gracias a la sacramentalidad de la Escritura, al carácter performativo de la Palabra, a la eternización y perennización de los acontecimientos vividos por el Verbo encarnado, el orante entra en contacto con los misterios realizados por Cristo en su carne. En este contacto se produce la conformación con Cristo (cf. Rm 8,29; Ga 4,19), la adquisición de la “forma Christi”, la participación en su vida. En estos encuentros Cristo sigue sanando, llamando, advirtiendo, enseñando y formando a sus discípulos. Así, se produce como por ósmosis, por contacto contemplativo-sacramental, la divinización: la participación en su vida, en su misión.
3. *En el seguimiento.* Siguiendo el esquema básico de los sinópticos, la vida cristiana se puede entender como seguimiento de Cristo³⁹. Mediante el seguimiento vamos realizando, en nuestra circunstancia histórica, social, cultural, económica, eclesial, familiar, la vida filial, la conformación con Cristo. El progreso en el seguimiento, la perseverancia en el mismo implica la progresiva posesión de nuestra vida por el Señor Jesús. Lo cual equivale a la progresiva divinización de nuestra existencia: la participación más plena en la naturaleza divina. Si el Verbo encarnado es el modelo del hombre perfecto⁴⁰ (GS 41, 45), nuestra perfección no puede tener otra medida que la imitación del que se hizo perfecto hombre. Si Él fue plenamente hombre y Dios, nosotros, hombres, solamente logramos nuestra realización en la participación acertada y a nuestra medida de su doble naturaleza: viviendo en nuestra humanidad una vida filial al estilo de la suya: divina.

39 Cf. J. M. GARCÍA-LOMAS – J. R. GARCÍA-MURGA (eds.), *El seguimiento de Cristo* (Madrid 1997).

40 Cf. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos*, 19-41.

